

LA POLEMICA DE FUKUYAMA Y LA HISTORIA ANTIGUA

Manuel J. Rodríguez Gervás
Universidad de Salamanca

RESUMEN

En este artículo se trata de analizar los argumentos de Fukuyama en su obra «El fin de la Historia». El autor defiende la teoría de la historia de Hegel, opuesta a Marx. Al estudiar, sin embargo, aspectos concretos del desarrollo histórico su planteamiento es muy simple.

SUMMARY

In this paper I try to analyse the arguments of F. Fukuyama in *The End of History?* His work defends Hegel's theory concerning to History, opposite to Marx's one. Besides he explicates some «events» of History in a very simple way.

Hace un par de años un artículo de un analista político y alto cargo del gobierno americano, Francis Fukuyama, provocó una ardiente polémica que, a pesar de haber remitido, sigue vigente debido, en buena parte, a los acontecimientos políticos que han sucedido en la Europa del Este. El artículo, mezcla de análisis político contemporáneo y de filosofía de la historia, llegaba a la conclusión del agotamiento de modelos ideológicos que no sean el liberalismo. Aunque sus argumentos son conocidos¹, creemos necesario resumir sus principales puntos.

La idea eje del artículo es la «inquebrantable victoria del «liberalismo económico y político» frente a todo tipo de «absolutismo». Ello le lleva a pensar que el agotamiento de alternativas sistemáticas frente al liberalismo occidental explica no sólo procesos coyunturales, el fin de la guerra fría, sino el final de la historia, «el último paso de la evolución ideológica de la humanidad» (p. 85).

Partiendo de estos postulados previos analiza el concepto de fin de la historia en Hegel, no sin antes recordar que Marx fue el divulgador, más conocido, y distorsiona-

1. F. Fukuyama, ¿El fin de la Historia?, *Claves de la razón práctica*, 1, 1990, pp. 85-96. Cuando iba a entrar en imprenta este trabajo ha aparecido en las librerías su libro *El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona 1992.

dor de esta teoría. La lectura de la *fenomenología del espíritu*, le lleva a decir que el pensador alemán acertó en lo fundamental. Así pues el fin de la historia es la consecución del estado liberal y más concretamente la configuración de un «Estado homogéneo universal» en el que las contradicciones que existían, la dialéctica amo-esclavo, la transformación y dominio de la naturaleza..., quedan resueltas.

Más adelante, punto 2º, su análisis se centra en la teoría histórica de Hegel, Marx y Weber, afirmando del primero que las contradicciones que rigen la historia existen ante todo en el ámbito de la conciencia, esto es en el plano de las ideas. Mientras que Marx invirtió, de manera «no muy brillante», la prioridad de lo real y lo ideal. Weber, por su parte, es considerado ejemplo del materialismo no marxista, poniendo como ejemplo *La Ética protestante y el espíritu del capitalismo*, donde «el modo material de producción lejos de ser la base, era en sí una *superestructura* enraizada en la religión y en la cultura» (p. 87).

Tras su breve incursión al terreno de la teoría de la historia, vuelve a plantear el interrogante del fin de la historia, capítulo 3.º. La victoria del liberalismo sobre el fascismo y el comunismo, la introducción exitosa en Asia, Japón, Corea del Sur del capitalismo; y, por contra, las dificultades de países comunistas como China o la URSS.

Finalmente, puntos 4.º y 5.º, la superación, por un lado, de las contradicciones fundamentales en el contexto del liberalismo moderno y la muerte del marxismo-leninismo, por otro, con la consiguiente disminución de la polarización de los conflictos, logrará el Fin de la historia, fundamentalmente para los países occidentales desarrollados. Mientras que los países subdesarrollados, si actúan sanamente, terminarán en el liberalismo.

El interés de este artículo reside no tanto en sus propias argumentaciones políticas, que fueron asumidas desde hacía tiempo por la derecha, ni en sus esquemáticas reflexiones teóricas². El interés está en otro lado, en el de haber posibilitado la apertura de un debate teórico sobre la historia. Que numerosos estudiosos, al margen de los medios de comunicación, se hallan puesto a pensar sobre los planteamientos de Fukuyama, demuestra que existe una sensibilización, una necesidad de repensar la historia o, más propiamente, el discurso histórico³.

Por supuesto que muchos de los enunciados de Fukuyama son inconsistentes y poco rigurosos, especialmente aquel que liga la descomposición de los Estados socialistas con la obligada disolución de la teoría marxista. No es este el espacio para matizar las diferencias que existen dentro del marxismo entre el intento de aprehensión de la realidad histórica y el desarrollo de una teoría política, o lo que es peor, la justificación de una forma de Estado⁴. Baste decir que es cuanto menos inexacto, sino excesivamente injusto, conferir que la derrota de un proyecto político lleve aparejada la desaparición de una metodología histórica⁵.

Otros de los planteamientos poco afortunados es el reduccionismo de la teoría marxista a un materialismo burdo en el que la superestructura —religión, arte, cultura, la propia filosofía— viene determinada por el «modo material imperante de producción» (p. 87). Va más allá, aún, al decir que otro desafortunado legado del marxismo

2. El mismo reconoce ser deudor de A. Kojéve, *Introduction a la lecture de Hegel*, París 1947.

3. Véase al respecto la entrevista hecha al filósofo M. Cruz, *El País*, 7, III, 1992, supl. Babelia, p. 3.

4. Dentro de los mismos pensadores marxistas han abundado las críticas a las formas de estado desarrolladas en los países del este, T. Negri, *El Estado en la crisis*, Barcelona 1979.

5. No queremos entrar en propuestas ideológicas sobre lo que esconde en realidad la teoría de Fukuyama, sobre este aspecto puede leerse *La Historia subversiva. Una propuesta para la irrupción de la historia en el presente*, Deptm. de Historia Contemporánea de la Universidad de Deusto, Bilbao 1990, p. 22ss. con una conceptualización mayor M. Cruz, *La filosofía de la historia*, Barcelona 1991, p. 43.

es la tendencia a explicar los fenómenos históricos, aquí ya no son espacios de análisis concretos, mediante explicaciones materialistas. Estamos ante un viejo, manido y recurrente análisis que la historiografía burguesa hizo al marxismo desde sus comienzos⁶. De nada vale reproducir la frase exacta de la *Contribución a la economía política* de Marx⁷. Lo que distingue al materialismo histórico, al margen de fórmulas estereotipadas, frente a la historiografía burguesa no es el predominio de lo económico —acierta, aunque sin pretenderlo, Fukuyama cuando afirma que las explicaciones económicas de los procesos sociales se encuentran en autores burgueses— sino en el punto de vista de la totalidad⁸.

Más interesante para el debate teórico es la afirmación de que Marx tomó prestado de Hegel el principio de la historia como un concepto dialéctico que aboca hacia un final⁹. Marx, para Fukuyama y otros, lo único que hará es transformar este esquema, de características teleológicas, en un final donde aparezca una sociedad sin clases. Sin embargo esto no es realmente cierto. En primer lugar Marx dándose cuenta de que la *Fenomenología del Espíritu* y *La Filosofía del Derecho* son las bases del discurso hegeliano pretende desmontar tales bases, fundamentalmente los argumentos esgrimidos en la *La filosofía del Derecho*. Así pues nos encontramos por parte de Marx con una clara voluntad de diferenciación de su maestro. Diferenciación que le lleva a reprochar a Hegel haber reducido lo real al saber sobre lo real, la explicación teórica de un final histórico, en el que la dialéctica amo-esclavo sería el signo, con «la reconciliación efectiva del hombre y su medio»¹⁰. Dicho con otras palabras lo que Hegel construye es un «a priori», su pensar acerca de la historia si es claramente teleológico¹¹. Sin embargo para Marx —no nos estamos refiriendo a sus discursos políticos, muchos de ellos estructurados de manera consciente con aires de soflama y panfletarios— lo histórico pasa por el dominio del hombre sobre la naturaleza, y los antagonismos sociales resultantes configuran el proceso histórico. La historia según esto ya no es «autorrealización de la idea, sino construcción de la negatividad humana»¹².

El fin de la Historia estaría, para Fukuyama, en la superación de las contradicciones fundamentales de la vida, conduciendo a la hegemonía de un único y último sistema político-ideológico: el liberal. Pasamos por alto, como hemos intentado hacer en todo

6. En una carta de Engels a Joseph Block, escrita en 1890, salía al paso del reduccionismo economicista que ya entonces se le imputaba a Marx, la carta decía textualmente «De acuerdo con la concepción materialista de la historia el elemento determinante en vida real es el económico. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que eso. Por lo tanto, si alguien fuerza este argumento y nos hace decir que el elemento económico es el único determinante, lo transforma en una frase carente de significado, abstracta y absurda».

7. K. Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, p. 37.

8. G. Lukacs, *Histoire et Conscience de Classe*, París 1960, p. 47.

9. Los tres estadios por los que ha pasado la humanidad, así como su interpretación filosófica sobre la historia, están recogidos en *La razón de la historia*, tal esquema se engloba en el concepto básico de que la historia es el relato del desarrollo de la libertad humana, W. Kaufmann, *Hegel*, Madrid 1972, p. 246.

10. L. Sebag, *Marxismo y estructuralismo*, Madrid 1972, p. 49. Además en Marx se da una distinción con la ontología hegeliana, al sistema hegeliano, cerrado sobre sí mismo y ahistórico, que opone la historicidad ontológica del ser, M. Cruz, *op. cit.*, p. 65.

11. Somos conscientes que dentro del marxismo vulgar existe una cierta teología histórica que buscando ideales pretende explicar los acontecimientos mismo. Posiblemente hayamos llegado al «debilitamiento de las grandes narraciones de teología o filosofía de la historia heredadas de siglos pasados», M. Cruz, *op. cit.*, p. 30. Pero en ningún caso estamos de acuerdo con planteamientos como el de A. C. Danto, *Historia y narración*, Barcelona 1989, p. 29ss., especialmente p. 42 que trata del substantivismo y de la *profecía* marxista, confundiendo, en primer lugar los elementos descriptivos con los elementos valorativos del marxismo y confundiendo, en segundo lugar, lo que podemos denominar una meta social con la consciencia de sujeto histórico capaz de transformar la historia.

12. L. Sebag, *op. cit.*, p. 50.

el artículo, la formulación claramente ideológica que subyace en esta argumentación. Vamos sin embargo a centrarnos en lo que el escritor americano entiende por contradicciones. Para él, siguiendo a Hegel, las contradicciones existen en el campo de la ideología y del conocimiento (p. 89), por lo que una forma política-económica como el liberalismo es capaz de imponerse a todas aquellas fuerzas pasadas, y presentes: fascismo y comunismo, al igual que los nacionalismos resurgentes y los fundamentalismos. El logro palpable de tal superación de las contradicciones está en que «el problema de las clases se ha resuelto con éxito en Occidente» (p. 89). La utilización vulgar, una vez más, de cierta terminología marxista distorsiona los verdaderos esfuerzos teóricos de Marx que intentaba encontrar una explicación globalizante de la historia, alejándose de posturas idealistas. La existencia de tensiones internas, y de *contradicciones*, nada tienen que ver con una mayor o menor igualdad retributiva, y si se me apura ni con el conflicto de clase —digo conflicto no lucha— ya que este es un hecho puntual. Surge del desequilibrio entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción existentes¹³. Sin embargo esta contradicción por sí sola no desemboca en un finalismo determinista, otra de las acusaciones permanente al marxismo; junto a ella se producen unas contradicciones secundarias, importantes también, de las cuales dependen las fluctuaciones políticas coyunturales¹⁴. El estudio de las contradicciones internas dentro de un sistema, que el autor desconoce o frivolisiza, permite un conocimiento dinámico de la historia; y hace visible los mecanismos del cambio más que aquellos otros elementos «integradores y normativos»¹⁵.

El resultado de los planteamientos teóricos de Fukuyama se traducen en el ámbito de la historia en una tendencia claramente ideologicista. La visión que Fukuyama nos transmite de un acontecimiento sucedido en la antigüedad tardía, es una explicación clásicamente idealista. Los conflictos surgidos en la época de Justiniano entre las facciones del hipódromo, Verdes y Azules, son interpretados de manera exclusivamente religiosa. Según él la política interna de este período se desarrolló en torno al conflicto entre los llamados monofisitas y los monotelistas, y aunque reconoce que los historiadores modernos tienden a buscar las raíces de estos conflictos en los antagonismos sociales, no duda en afirmar que hay que «aceptar que los hombres estuvieran dispuestos a matarse por la naturaleza de la Trinidad» (p. 88 n. 10). Podríamos disculpar las afirmaciones del autor americano por su escaso conocimiento del período bizantino. En su planteamiento subyace no sólo una visión histórica más o menos sesgada, sino, lo que es más grave, una actitud manifiestamente enfrentada a cualquier aproximación materialista.

Las explicaciones historiográficas de este conflicto han variado a lo largo del tiempo. La interpretación más común era que los Azules eran el partido de los monotelitas mientras que los Verdes se encuadraban en las huestes de los monofisitas¹⁶. La teoría de Rambaud¹⁷ simplificó en términos de competición los enfrentamientos entre Verdes y Azules. Esta interpretación fue claramente alterada, a comienzos del siglo XX, por la obra de Manojlovic, aunque este trabajo no se conoció en Occidente hasta su

13. C. Marx, *Prefacio a la contribución de la economía política*, Madrid 1976, p. 37.

14. P. Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona 1981, 3.^a, p. 135ss.

15. Para algunos historiadores sólo ha existido un discurso histórico el positivista, el marxismo lo que hace es beber de esta fuente J. C. Bermejo, *El final de la Historia*, Madrid 1987, p. 63. Sin embargo como destacó E. Hobsbawm, «La contribución de Karl Marx a la historiografía», en *Ideología y Ciencias Sociales*, ed. R. Blackburn, Barcelona, Buenos Aires, México, 1977, p. 312ss., a Marx se le debe el modelo de *niveles*, donde las relaciones de producción es el principal, y las contradicciones internas dentro de los sistemas.

16. Procopio en su *Historia Arcana*, VII, así lo muestra.

17. Rambaud, *De byzantino hippodromo et circensibus factionibus*, París 1870.

traducción por E. Grégoire en 1936¹⁸. El autor serbo-croata sostenía que las funciones representadas en el circo por el verde y el azul respondían a grupos sociales: los Verdes, con los rojos, eran los socialmente inferiores, mientras que los Azules representaban a los estratos superiores¹⁹. Posteriormente otros investigadores siguieron sus propuestas, A. P. Djakonov afirmó que la oposición de los colores del circo respondería a la dicotomía entre Verdes, comerciantes y artesanos, y Azules, aristocracia oficial y terratenientes²⁰.

Aunque dicha teoría fue fructífera para la historiografía moderna, sin embargo sus planteamientos no dejaban de ser demasiado mecanicistas, todo se reducía a una división entre ricos y pobres, demasiado fácil para ser cierto. Posteriores estudios fueron precisando las líneas argumentales, así J. Jarry, intenta hacer coincidir los grupos circenses con el fenómeno religioso²¹. Otros autores como A. Maricq propuso distinguir entre los grupos, que en el hipódromo tenían un determinado color, y las asociaciones políticas y profesionales²². Reticentes a que las tensiones sociales tuvieran su reflejo en una dualidad religiosa fueron Cameron, para quien no existen fuentes que atestigüen tal dicotomía²³ y Dagron, el cual prefiere insistir más que en la rivalidad entre los «demos», en el «juego más sutil» de la alternancia política²⁴.

A ningún historiador de la antigüedad se le escapa la complejidad del problema y como, acertadamente, afirma Patlagean las ciudades bizantinas, entre el siglo V el VII, son caldo de múltiples tensiones sociales que cristalizan en manifestaciones de masas, muchas de ellas institucionalizadas a través de la rivalidad entre los grupos del hipódromo; en otros casos las reacciones populares, incapaces de ser canalizadas, provocan graves alteraciones políticas, como la rebelión *Nika* del 532, sin que sea posible distinguir una actitud claramente opuesta entre los Verdes y los Azules²⁵.

Fukuyama, sin embargo, lo que pretende es, parafraseando en cierta medida a G. Lukacs, el asalto a la historia. Su principal defecto no está en el desconocimiento o la ignorancia, se encuentra en otro lugar: en acabar con el esfuerzo por interpretar la historia mediante claves marxistas. En su lugar se debería volver a interpretaciones idealistas, donde la «superestructura» actúa de manera autónoma. El modelo que busca, una acercamiento global y dinámico ante el acontecimiento preterito, no le sirve y deja paso al suceso en sí; que será explicado, me sirvo de una expresión cinematográfica, mediante una «historia de género»: los conflictos religiosos se entenderían mediante coordenadas religiosas, los acontecimientos políticos por políticos... En definitiva volveríamos a una historia que no pretende desentrañar el pasado, sino contarlo.

18. G. Manojlovic, «Le peuple de Constantinople», *Byzantion*, XI, 1936, pp. 617-716.

19. G. Manojlovic, *op. cit.*, p. 642.

20. A. P. Djakonov, «Demes et factions (ῥά μέρη) byzantins aux V-VII siècles», *Vizant. Sbornik*, 1945, pp. 144-227.

21. J. Jarry, *Hérésies et factions dans l'Empire byzantin du IV siècle*, Le Caire 1968.

22. A. Maricq, «Factions du cirque et partis populaires à Constantinople», *Bull. Ac. Roy. Belgique, Cl. Lettres*, V/36, 1950, pp. 396-421.

23. A. Cameron, «Heresies and Factions», *Byzantion*, XLIV, 1974, pp. 92-120.

24. G. Dagron, *Naissance d'une capitale*, Paris 1974, p. 362.

25. E. Patlagean, *Pauvreté économique et pauvreté sociale à Byzance 4-7 siècles*, Paris 1977, p. 203ss.